

PRESENTACION DEL XXV PREGÓN DEL COSTALERO DE LA HERMANDAD DE SAN ESTEBAN

Reverendo Padre Director Espiritual
Ilustrísimo Sr. Teniente de Alcalde Delegado de Fiestas Mayores
Ilustrísimo Sr. Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías de
Sevilla.
Señor Hermano Mayor de San Esteban
Capataces, costaleros
Señoras y Señores

Querido amigo pregonero:

Veinticinco años del Pregón del Costalero, parece mentira. Como un hijo que a pesar de haber cumplido la mayoría de edad no se marcha de casa, ya que siempre habrá alguien para decirle algo nuevo, así es nuestro Pregón del Costalero. En cuestión de cofradías, en Sevilla aunque muchos lo crean –se lo crean-, nunca se viene de vuelta, nunca se ha terminado de hacer todo. Siempre queda algo por hacer y por decir. Por eso, una efeméride, como la que hoy cumple este Pregón, sus veinticinco primaveras nunca mejor dicho, es bien recibida y nunca será pequeña. Al igual que aquellos que dijeron que setenta y cinco años de hermandad no eran nada, sin imaginar lo mucho que fue para nosotros y ha sido para los demás: ya ha quedado cerrado el último capítulo de aquel cumpleaños, la obra social que San Esteban prometió y ha visto cumplida. Dígame, quien se atreva, que no fueron importantes esos tres cuartos de siglo de vida, si han sido para dar vida.

Veinticinco años del Pregón del Costalero. Fue un 28 de febrero de 1981 cuando Antonio Sierra, el poeta de esta casa, pronunció la primera de estas locuras, bendita locura. A partir de ahí, poetas, escritores, cofrades, políticos, periodistas, gente de San Esteban, en suma, todos, gente de bien, han ocupado ininterrumpidamente esta tribuna. Orgullosos estamos en San Esteban de todos ellos y de que este hijo nuestro haya sido -permítanme con cariño el término- referente para el Domingo de Pasión. Bien lo saben todos ustedes, a nadie se le escape este detalle. Y vendrán más, lo aseguro.

La Hermandad de San Esteban llega hoy a este Pregón del Costalero tras una renovación en su Junta de Gobierno. Nos pudo más, créanme, en la designación del elegido, el hombre que el nombre. Se impuso más la razón y el sentido común. Y así van a ser todas y cada una de las acciones de este grupo de hermanos a los que nos ha tocado dirigir, por cuatro años, los destinos de la Hermandad. Quiero decirlos a todos hoy y aquí, en público, en este foro con nombres y apellidos y en nombre de la Junta de Gobierno de la Hermandad, que estamos trabajando por una San Esteban mayor de la que nos encontramos, que ya era grande. Quiero hoy proclamar, de cara y de frente, en nombre de mi Hermano Mayor y de mis compañeros del Cabildo de Oficiales, que tenemos viva la ilusión por dejarnos la piel en el empeño. Pero también, costaleros, llamaros a la participación, el compromiso y la convivencia diaria.

Las puertas, como siempre, están abiertas a todos y para todos. Sólo así, entre todos, haremos a esto grande, mucho más grande.

Veinticinco años del Pregón del Costalero, que lujo Juanmi. No el tuyo por pronunciarlo, sino el nuestro por tenerte hoy aquí, a que nos hables en una fecha tan señalada. Hoy Juan Miguel, agradecemos tu presencia que nos engrandece más de lo que tú te puedas imaginar.

Juan Miguel Vega nace a la luz de Sevilla un mes de enero de hace cuarenta y tres años. Su primera túnica y devoción, que mantiene hasta el día de hoy, es la del Señor de la Salud y la Virgen del Refugio. Años más tarde decidió educar a su hijo, entonces recién nacido, al modo cofrade, convirtiéndole en nazareno blanco de Domingo de Ramos.

Periodista de profesión, es un buscador de la verdad. La verdad es el eje central de su trabajo diario. Dijo Nietzsche que “la verdad que se silencia termina volviéndose venenosa”. Este, les aseguro, no es el caso.

Hombre de radio, a lo largo de ya un buen puñado de años, ha prestado sus servicios en la extinta Antena 3, donde en compañía de Francisco José López de Paz comenzaron los programas cofrades titulados “A esta es”; en la actualidad, desarrolla su profesión en los servicios informativos de Canal Sur Radio, donde también durante once años consecutivos ha sido codirector de “El Llamador”. En prensa escrita, ha firmado sus colaboraciones en El Correo de Andalucía, Sevilla Información y desde hace cinco años en el diario El Mundo. Tiene publicado un libro sobre la Hermandad del Cerro del Águila y próximamente saldrá a la luz su primera novela, basada en lo que él ha denominado recientemente, los oscuros agujeros negros de la madrugada del Viernes Santo del año 2000. Todo un reto sólo apto para valientes. Pero no confundamos el periodista valiente como es él con el periodista irresponsable. Lo que habla, lo que dice y lo que escribe lo basa y fundamenta. Y lo adorna, por si le duele a alguien. Como Pepe Luis Vázquez, haciendo con sus palabras el cartucho de *pescao* y citando al peligro de lejos. Templándolo y enredándolo en la cintura. Y mojándose en lo difícil hasta el fondo. Esa valentía es la que le lleva a la verdad. Que esperaban de él, si es hombre de San Bernardo.

Hoy, Juanmi, amigo y compañero, escribes una línea más en la historia de mi Hermandad. Sabemos que lo vas a hacer bien, muy bien, porque nos dijiste que lo harías con el corazón. Y el corazón siempre habla al corazón; la lengua sólo habla a los oídos. Si te has de encomendar a algún santo, hazlo acaso a San Malaquías aunque no te hará falta, porque el que es Salud, de aquí y de allí, está contigo más que nunca.

Quisiera hoy robarte algo de protagonismo y desviar la atención de todos los presentes a ese primer banco, donde está Isabel, tu mujer, verdadera sufridora de este Pregón y el mayor de tus tres hijos. A él me quiero dirigir, si me lo permites. Tu padre, Juan Miguel, es un hombre honesto y cabal. O dicho en tu lenguaje, es un tío legal. Por ti llegó a cambiar su Semana Santa, para enseñártela y poder bajarte en brazos la empinada rampa del Salvador al mediodía del Domingo de Ramos. ¿Hay mejor lección de Amor que esa? Por

eso, si al menos piensas no seguir su ejemplo, craso error el tuyo, sí estate orgulloso de él como padre, como cofrade y como hombre. Orgulloso de él como hoy lo están, ahí junto a ti, Juan y Lola, tus abuelos. Orgulloso como seguro también hoy lo está desde el cielo Agustín Hepburn. No olvides nunca lo que tu padre hace por ti y si puedes, devuélveselo con creces. Y ahora que ya eres capataz y costalero del mes de mayo, recuerda para siempre este día, ya que tendrás la responsabilidad, siendo el mayor, de contárselo a Raúl y Nacho, tus hermanos. Contarles cómo tu padre fue capaz, él solo por ser como es, de llenar una Iglesia a tan sólo cuatro días de que la primera esté en la Campana.

Hoy, Juanmi, para terminar, me gustaría pedirte un favor. Que no nos olvides porque nadie te va a olvidar a ti, igual que no hemos olvidado a Paco Mundi, que hace tan poco que se nos ha ido. Recuérdanos siempre como lo que somos: una Hermandad llena de hombres y mujeres sin más pretensiones que la ilusión de hacer algo por la Semana Santa de Sevilla. Ojo, cualquier día, a partir de mañana, un albañil desde un andamio, un médico por un pasillo de García Morato, un operario de Lipasam, el director de una sucursal bancaria, un camarero, un corredor de seguros, el portero de una finca, un abogado en el juzgado o un oyente cualquiera, te podrán decir "*adiós, pregonero*". Salúdalo, aunque no sepas quién es. Seguro que es alguien de San Esteban. Por eso, llévanos para siempre en el refugio de tu corazón y pide cuando puedas a tu Cristo salud para la gente de bien de la Puerta de Carmona.

Siéntete, amigo, desde hoy en esta casa como si fuera la tuya, porque con este Pregón que ahora comienzas ya te consideramos uno más entre nosotros.

Que Dios te bendiga.

Muchas gracias.

En Sevilla, en la Cuaresma de dos mil cinco

Miguel Andréu Fernández

PREGON DEL COSTALERO

Por Juan Miguel Vega

Sevilla 15 de marzo de 2005 Martes de Pasión.

*A Juanmi, Raúl y Nacho, mi cuadrilla.
A Isabel María; su capataz.*

ELEGIA BAJO LA OJIVA

Es ley de vida. Cada año, cuando un paso se levanta por primera vez, debajo lleva el hueco de una ausencia. Es cierto que alguien ocupa ese lugar, pero es precisamente ese vacío que, como una herida, se abre sobre todo en los corazones de quienes le rodean lo que le ha permitido estar ahí. Es ley de vida. Cada año, igual que hay una ausencia bajo las trabajaderas, también la hay en cada uno de los tramos de nazarenos de la cofradía. A través de ese doloroso goteo de ausencias es como va discurriendo, imperceptiblemente, la Historia. Unos se van y otros llegan para sostener la Tradición. Así viene sucediendo desde hace siglos con nuestras cofradías. Nada de lo que son ahora podrían serlo de no haber sido por quienes nos precedieron. Aquellos cuya ausencia nosotros debimos cubrir alguna vez. Por eso, cada vez que una hermandad acaba su estación penitencial, cada vez que celebra un culto solemne o reúne a su cabildo, se acuerda de aquellos que se fueron camino de las estrellas como muestra de agradecimiento eterno. Por eso...

Ha de empezar este canto
Con un recuerdo primero
A los que hoy no han venido
Porque a la Gloria se fueron.
Se fueron con El al Cielo,
Dejaron aquí la vida
Y dejaron esa ojiva
Por la que también salieron
Llevando sobre sus hombros
Al Cristo que va llorando
Y al dolor sereno y hondo,
Vacío y desamparado
De su Madre, que es la nuestra.
Subieron la última cuesta

Y ahora nos ven desde lo alto.
Lo que nos dieron fue tanto
Que en deuda eterna con ellos
Estaremos aquí abajo
Hasta el final de los tiempos.
Paco Mundi, Pepe Luque
Y el resto de esa cuadrilla
Que vais paseando ahí arriba
El palio celeste y dulce
De la compañía divina:
Sabed que en nuestra Sevilla
Siempre seréis lo primero
A vosotros, dedicado:
El Pregón del Costalero.

Primera Chicotá

CANTO DE VÍSPERAS

La poderosa mano del tiempo ha levantado los faldones del invierno, dejando pasar una luz tibia, solemne y ritual que ha inundado la penumbra en la que habitaban nuestras almas trayendo la proclamación de una primavera que parece querer, que necesita estallar. Por fin, se han abierto las puertas de los días nuevos y una brisa recién nacida corretea distribuyendo a todas partes el rumor de la emoción que se agita en las calles, que se extiende a través de la ciudad, envolviéndola y haciéndola vibrar. ¿Acaso no la veis? La luz reverbera y la ciudad tiembla, como tiembla el guardabrisas al presagiar la levánta sintiendo que, debajo, la cuadrilla mete riñones y ciñe el trabajo a la trabajadera. Vibran las calles y Sevilla se estremece, como parecen estremecerse las túnicas, ya definitivamente planchadas, que ahora cuelgan en nuestros hogares apresando ese alma gaseosa de la que habló el escritor Eduardo Mallea. Túnicas que, esperando para revestirnos en el instante cenital de nuestra particular Semana Santa, juegan con esta brisa recién nacida que borda en su tela un oleaje de alegría y vísperas.

¿Cuándo empieza la Semana Santa? Hace pocos días, el director de la banda municipal, Francisco Javier Gutiérrez, me confesaba que la pieza que más le gusta dirigir el domingo de pasión es el último himno que se interpreta en la ceremonia del pregón. No la marcha que elige el pregonero, no Amargura. El último himno. Y ¿por qué?, pues porque para él, ese último himno es la llave que abre definitivamente el portón de nuestra Semana Mayor. Hasta ahí llegaron sus vísperas, a partir de entonces comienza la realidad. Ya no habrá más esperas.

Mucho de cierto tiene esa sensación que no sólo sintió este domingo el director de la banda Municipal, sino también todos nosotros al comprobar que, en efecto, todo ya empieza a ser realidad, y que la evidencia del primer nazareno a la vuelta de esa esquina cualquiera no será más que la constatación de que lo que el domingo pasado empezaba, empezará entonces a acabarse.

Son éstas de ahora, noches de retranqueos, de traslados, de últimos preparativos. Noches que hacen crecer la ilusión. Como esta noche. En los tablones de los templos cuelgan ya las listas de las cofradías; las cuadrillas están igualadas, hechos los relevos y envueltos los costales, que ya sólo se extenderán para la ceremonia de hacerse la ropa. A través de la celosía del

alma oímos ya cómo llega, cómo sube los últimos peldaños del tiempo, el nuevo Domingo de Ramos, que viene con su letanía de trajes azules y sus colas en San Juan de la Palma, en San Julián, San Jacinto, San Roque y San Lorenzo, lugares donde se abre, de par en par, el pórtico que nos descubre año a año esa maravilla que siempre logra asombrarnos por muchas que puedan ser las veces que tengamos la dicha de vivirla. La Semana Santa. Sí, ahora es cuando más que nunca cobra sentido la frase de aquella poeta sevillana que jamás escribió un verso dedicado a las cofradías pero que supo encontrar la definición perfecta para describir lo que ahora sentimos quienes las amamos.

La descubrí hace ya muchos años en un libro del pregonero Morales Padrón, y desde entonces no ha perdido un ápice de su capacidad para emocionarme. Por eso un día le rogué a Julia Uceda que, de su puño y letra, escribiera aquellos versos que ahora cuelgan enmarcados en el mejor rincón de mi habitación: Es tan dulce esperarte y soñar tu llegada que no quiero que llegues, quiero oírte llegar.’

Sí, esta noche, en los íntimos ritos que acontecen en los templos, en los retranqueos que prueban que todo está a punto, en este canto que hoy haremos a la gente de abajo y también a la gente de negro, oiremos al fin llegar, poquito a poco, sobre los pies pero siempre de frente, esos días que tanto tiempo llevamos esperando y que luego tan fugazmente se nos van. Sevillanos: gozad estas horas últimas de la espera, puestos ya en la trabajadera de la emoción, al aguardo de que suene el martillo que tocarán las manos divinas del capataz eterno. Vamos a sentirlo tos poriguá. Que está llamando Sevilla, que nos convoca la memoria y el recuerdo de los que se fueron; que ahí fuera nos esperan todos, como nosotros habremos de esperar algún día a quienes vendrán a renovar el rito y darnos el relevo. La bulla de la historia y los recuerdos se arracima en las calles para darnos su calor maternal; dejemos que una última lágrima se derrame lentamente desde el alma y apretemos el corazón para darlo todo. Que llega la Semana Santa para pasar como un suspiro. No busquéis el alivio ni un instante. Ya suena el yunque de luz. Ha llegado la hora. Es Semana Santa y es en Sevilla. Vamos al cielo con ella.

Segunda Chicotá

MITOLOGIA COSTALERA

La antigua mitología griega explicaba que la Tierra no podía precipitarse en la oscuridad sin fin del universo y perderse en sus inmensas y desconocidas tinieblas porque descansaba sobre la cerviz de un titán llamado Atlas que la soportaba eternamente. Los legendarios relatos clásicos cuentan que, un buen día, Hércules, el de la Alameda, que acababa de colocar en el estrecho de Gibraltar las columnas que marcaban el fin del mundo, fue requerido por el titán para que lo sustituyese mientras él recogía unas manzanas doradas del Jardín de las Hespérides, que también estaba por aquí cerca, como todo lo bueno. Hércules accedió a ello de grado porque, como todos sabemos, era capaz de eso y de mucho más. Y no se quedó para siempre sosteniendo el planeta porque, mal que le pesara al titán, buscó la manera de volvérselo a poner en el cuello, pues resultó que el gigante le había cogido gusto a lo de andar derecho.

Luego vendrían historiadores contando que en realidad, Hércules no se llamaba así. Su verdadero nombre fue, según se dice, Melkart; y no fue griego sino fenicio. Aunque lo cierto es que ni siquiera fue un héroe sino un potentado comerciante que recorrió todo el orbe conocido de su época. Y entre las muchas cosas que dicen que hizo para acabar convertido en un personaje de leyenda, hubo una fundamental. Hércules fundó Sevilla. De modo que, jugando con la historia y la leyenda, hemos llegado a la conclusión de que nuestra ciudad fue fundada por el primer costalero de refresco del que se tiene memoria.

Quizá por ese origen, Sevilla es lo último que queda en pie de la antigua cultura clásica, ya lo dijo en 1927 Ortega y Gasset, recogiendo la opinión de Federico Schlegel. Mucho de lo que ahora somos ya lo éramos cuando aquel ser mitológico fundó nuestra ciudad, estableciéndola sobre el pantano que entonces conformaban las aguas del Guadalquivir, extendidas como una malla líquida a través de interminables marismas. Una amalgama de Grecia, Roma y Arabia atravesada por el humanismo y la civilización cristiana. Eso es Sevilla. Luego vendría el milagro que convirtió aquel laberinto acuático en esta maravilla que, aún con todos los reparos que quieran ponerle, es nuestra ciudad. Nuestra Sevilla.

Aquel viejo Mundo aún resiste aquí vivo y en pié, conservado en los viejos oficios que llegaron hasta nosotros en los antiguos barcos de vela que pilotaban fenicios, griegos, romanos. El labrar de la plata y la madera para

hacer de ellas filigranas imposibles; el tejer laberintos de oro sobre las telas más ricas y la alquimia que produce los perfumes que nos acercan a Dios. . Labores ancestrales, ya extintas en cualquier otro lugar del mundo, que son memoria y herencia de épocas remotas, pero que perviven en nuestras calles, como también pervive aún en ellas esa luz antigua, la luz del primer día, que ahora vuelve a derramarse anticipando una primavera que no habrá de traer el equinoccio sino la primera cruz de guía. Una luz antigua y un aire nuevo embriagado de aromas ingenuamente dionisiacos. El incienso y la garrapiñá, el azahar y la flor del árbol del Paraíso, el aceite hirviendo, las aceitunas aliñás y la milenaria cerveza... olores que estallan junto a los colores renovados de la ciudad que vuelve a despertar, renaciendo de las suyas propias, en el miércoles que es de ceniza tras un invierno largo y frío. Y entre lo mucho que aquí pervive de aquel viejo y primer mundo civilizado que hubo, el mito de Atlas, que en Sevilla es renovado, primavera a primavera, en el esfuerzo y el sentimiento de quienes llevan mucho más que el mundo, la eternidad, el más remoto pasado pero también la promesa de un futuro de felicidad interminable, sobre su cerviz. Esos costaleros que hacen posible la magnificencia de que veamos a Dios y a su Santa Madre paseando por las calles de Sevilla. Doblando sus esquinas, proyectando su sombra en nuestro suelo. Los costaleros son, como hemos visto, lo primero que en Sevilla hubo, por eso jamás desaparecerán. Porque son consustanciales a esta tierra. Porque son Sevilla y porque Dios no quiere dejar de pasearse por las calles de Sevilla en Semana Santa, mientras los tambores atruenan y las cornetas proclaman su gloria a los cuatro vientos.

Los costaleros y los capataces de Sevilla tienen su propia mitología. Un olimpo donde habitan cientos de seres injustamente anónimos, pues, desgraciadamente, no ha sido hasta hace bien poco cuando empezó a ser reconocida la impagable contribución que hacen a la ciudad.

Hace un siglo, todavía vivían los capataces y los costaleros esos años mitológicos, cuya memoria está más próxima a la leyenda que a la historia. Hace un siglo, los costaleros aún eran los gallegos. Aquellos mozos de cuerda que se ganaban la vida cargando cosas de aquí para allá. Miguel de Cervantes habla ya de ellos en Rinconete y Cortadillo, contando que solían estar entre las plazas del Salvador y la del Pan. Y allí seguían hace un siglo cuando el poeta Luis Cernuda, en esa inconmensurable evocación de la ciudad que es su poemario Ocnos, los recuerda ‘sentados en el suelo o recostados contra la pared, su costal vacío al hombro y el manojo de sogas en la mano, esperando baúl o mueble que transportar. Eran ellos –dice el poeta- quienes, en semana santa, durante los altos de las cofradías, asomaban tras las andas de terciopelo sus caras congestionadas’.

Son esas mismas caras que vemos en aquellas viejas fotografías a las que nadie logró sobrevivir. Gallegos rodeados por una masa de hombres

tocados con elegantes sombreros de ala ancha o con la proletaria gorrilla que, ladeada, delataba a las gentes de los barrios. Gallegos de pañuelo anudado al cuello emergiendo de bajo las trabajaderas rodeando a un hombre vestido de negro. ¿Quiénes eran? ¿Cómo se llamaban aquellos que también hicieron el milagro de sacar los pasos de San Julián a través de su ojiva imposible?

El recuerdo no ha dejado lugar sino para un puñado de sus nombres. Puede que ni siquiera eso. En el panteón de la mitología costalera de hace un siglo, sólo hemos hallado dos monumentos erigidos en memoria de aquellos capataces. Uno es para Francisco Palacios; de quien las escasas crónicas que de él nos hablan dicen que fue un capataz recio y severo cuya escuela habría de seguir otro ser mítico entre los que han tocado el martillo: Rafael Franco Luque, el hombre que impuso el traje negro como indumentaria reglamentaria de la gente que va mandando los pasos. El otro ser mitológico de aquel lejano tiempo cuya memoria, aunque cada vez más apagada, ha podido llegar hasta nosotros, fue un hombre que, justo hace ahora cien años, vivía sus momentos de gloria: El Tarila. En 1935, un año clave en la historia de las cofradías, pues se dejaba atrás la desazón que causó en la ciudad la suspensión de la Semana Santa durante los primeros años de la República; lástima que no fuera más que un espejismo, el escritor Manuel Chaves Nogales, probablemente uno de los mejores cantores que Sevilla tuvo en el siglo XX, evocó la figura del Tarila, contando que venía la gente desde los pueblos sólo para ver cómo sacaba los pasos de la Carretería el Viernes Santo. ‘Veinte años hace que al Tarila se lo tragó la Tierra, decía Chaves hace siete décadas, y todavía, cuando alguien habla en Sevilla de cómo se conducen los pasos, su nombre glorioso acude a todos los labios. ¡Tarila, aquel sí que era un capataz! Yo quisiera esta noche rendir un homenaje a todos aquellos que, como el Tarila, han llevado sobre sus hombros la Semana Santa de Sevilla en esa inmensa chicotá de los siglos que vino a arriar ante nosotros, simples costaleros de refresco en la larga procesión de la Historia. Pues sé que cuando esta procesión concluya al cerrarse tras nosotros las puertas del tiempo, recogidos ya todos en la definitiva capilla, nos fundiremos en un abrazo de hermanos que al fin pueden reencontrarse. En ese definitivo instante todos, los capataces y costaleros del ayer, del hoy y del mañana, a una sola voz daremos, con todas nuestras fuerzas, un Viva a Sevilla que atronará en la bóveda celeste y al que habrán de sumarse las divinas voces de Nuestro Señor Jesucristo y de Su Santa Madre, quienes, por haber estado recorriendo sus calles cada Semana Santa durante tantos siglos, sabrán, y así habrán de proclamarlo, que no hay nada mejor en el mundo. Que la Gloria dejó un anticipo en la Tierra que se llama Sevilla.

Tercera Chicotá.

LOS SIETE MAGNIFICOS

No recuerdo su nombre, pero recuerdo la nobleza infinita de su mano, recia y fuerte como la de un gigante, que tuve el honor de estrechar hace ya muchos años. El había echado los dientes trabajando de sol a sol en los alfares de Triana. Metido en una cuba, prensaba con sus manos y sus pies la arcilla con la que se hacían los ladrillos. Hoy lo llamaríamos explotación infantil, pero entonces eso era lo que había. A algunos, la vida en este país no les daba más alternativas. Aquel duro trabajo otorgaría una contextura pétrea a su cuerpo, lo hizo fibroso y duro, capaz de soportar la carga que ningún otro podría. Y como él, había muchos más. Por eso allí, en los alfares de Triana, es donde los Ariza buscaban a sus costaleros. Entre aquellos chavales de hierro que, a los diecisiete años, tenían toda la fuerza del mundo, pero también la inmensa nobleza del trabajador andaluz. Del hombre que trabaja y calla. A veces, demasiado.

El venía de aquellos tiempos en los que ser costalero no era un melodrama lacrimógeno, sino una aventura sólo posible para gente recia y que va por derecho. Cuando todo lo que pasaba debajo de los pasos era más de verdad, cuando no había lugar para la lírica, porque todo era demasiado épico. Ser costalero siempre ha sido cosa de hombres, pero entonces lo era más todavía. No había relevos, ni descansos. Se empezaba el Viernes de Dolores y se acababa el Domingo de Resurrección con once o doce cofradías clavadas en la matadura del cuello. Y, a veces, resultaba que cuando, terminado ya el trabajo de ese día, volvían a casa y se encontraban por el camino con un paso que se iba arrastrando, no dudaban en meterse debajo para aliviar el suplicio a sus colegas. En aquel entonces a veces, las cuadrillas no daban ni siquiera para lo que calzaba un paso.

Era la época de aquellos costaleros que todavía algunos se atreven a llamar profesionales por el hecho de que cobraban, cuando muchos de ellos ganaban menos en Semana Santa que en el trabajo que dejaban para meterse a sacar pasos. Eran los aficionados que paraban en las tabernas del Colmo, de Mestre, de Casa Antonio en Triana, del bar Santander en la Avenida... Era la época de los siete magníficos. Capataces que elevaron a la categoría de arte la técnica de conducir los pasos: Rafael Franco, Vicente Pérez Caro, Pepe Rechi, Alfonso Borrero, José Ariza, Manolo Bejarano y Salvador Dorado, el penitente. Gentes que tomaron el relevo a Antonio el Seguridad, al Francés, al Fatiga, a Angelillo de San Bernardo. Nombres que la memoria de Sevilla conserva en el relicario donde guarda sus mejores

recuerdos. Y junto a ellos, los nombres de los ilustres segundos, Manolo Santiago, el Moreno, Antonio Villanueva, Domingo Rojas, Pepe Cruz, Pepe Luque, Salvador Perales y Manolo Adame, por citar sólo unos cuantos.

Conservando su memoria, la ciudad quizá haya querido reparar la injusticia de haber olvidado los nombres de tantos de sus antecesores; de aquellos anónimos capataces y también de aquellos anónimos costaleros que vemos en los viejos daguerrotipos y las vetustas fotografías del siglo XIX. Porque de esos años gloriosos de mitad del siglo XX también han quedado para la historia los sonoros nombres, a veces hasta con su apodo correspondiente, de los mejores costaleros de aquellas cuadrillas. Algún cronista hasta dejó escritos los nombres de los costaleros que formaban la primera trabajadera de la cuadrilla del Penitente, que fue algo así como la delantera Stuka de la gente de abajo: Segovia, Domínguez, Ríos y Cerezo.

Y quién no se acuerda de El Corneta, el Tolino, Antoñito el Longui, El Boli, el Poeta, el Pingüino, o de aquel costalero de la cuadrilla de la Puerta Osario al que había que acortarle el mote para llamarlo cuando se iba a levantar el paso: el Gitano de los Dientes de Oro.

Pero no dejemos que la gracia de sus motes nos oculte el drama de sus vidas. Aquellos eran costaleros que tenían que salir por la trasera del paso, que no podían ufanarse de su condición porque entonces, ser costalero no era precisamente algo que la sociedad sevillana tuviera en estima. Y eso es algo que jamás comprenderé. Como tampoco podré comprender jamás que el Padre Cué, aquel sacerdote mejicano que fue el primero en reivindicar la figura del costalero, no sea valorado en su justa medida, ni se otorgue a su obra poética el valor que realmente tiene. Ya quisieran muchos pedantes que se ensañan con sus versos, y tienen la osadía de llamarlos ripios, escribir como lo hacía aquel cura al que Sevilla debe agradecer que levantara los faldones de los pasos para que esta ciudad pudiera percatarse del esfuerzo y la verdad que siempre hubo bajo las trabajaderas.

He citado a muchos capataces y a muchos costaleros, pero aún no he dicho los nombres de dos que, en una y otra cosa, han sido de los mejores. Dos que compartieron además la misma hambre. Alberto Gallardo y Francisco Medina Guzmán, er Quiqui. Y me van a permitir que me detenga en ellos, porque ambos constituyen mis dos particulares debilidades en lo mucho o poco, en todo en definitiva, lo que uno ha conocido de este mundo. Alberto Gallardo se crió en la Puerta Osario, pasando toda la gandumba del mundo. Iba a los puestos de calentitos, para que le dejaran rebañar las mijitas y comérselas. Sin embargo, se crió fuerte, hasta el punto de poder ganarse la vida con la lucha libre, la descarga en el Muelle y, en Semana Santa, sacando pasos con Alfonso Borrero.

El Quiqui era un regatón espigado de la Trinidad que trabajaba en la fábrica de tornillos. Durante muchos años llevó un zanco de la primera en la cuadrilla de la Puerta Osario. La única que no era conocida por el nombre de su capataz. Er Quiqui se quemaba todos los años un brazo para darse de baja en la fábrica y salir de costalero. En todas las fotos sale con una venda. ¡Ay el Quiqui, que se nos fue llorando en silencio cuando sobre la ciudad se echaban las vísperas de una semana santa!

Quiqui y Gallardo. He querido unir sus nombres porque pocos han sido los que mandaron como ellos. Porque parece mentira que gente tan dura y recia tuviera un corazón tan grande y fuera capaz de las palabras que ellos han sabido decir ante los pasos. ¿Qué sería del amanecer del Viernes Santo en Sevilla sin ese Alberto Gallardo piropeando a su Madre de las Angustias diciéndole: Qué hermosa vas madre mía? O eso de Ole las cuadrillas flamencas, los que huelen a canela y clavo. ¿Cómo puede tener tanto arte un tío que practica lucha libre? Pues ahí está, y el Señor de la Salud quiera que por muchos años, Alberto Gallardo.

¿Y ante un Cristo? Dicen que nadie tuvo nunca ante un Cristo la dulzura que tenía mandando el Quiqui. El sí que sabía cómo había que hablarle a la gente que iba donde tantos años fue él. O quizá fuera que una noche, en San Lorenzo, Manolo Bejarano, que fue el capataz que lo sacó de las trabajaderas para llevarlo de segundo, le dijo: ahí tienes eso. Eso era nada menos que el paso del Gran Poder. Y el Señor de la suprema dulzura fue quien le enseñó el modo con el que debía mandar a Su gente.

Durante sus últimos años, con los huesos resentidos por tantas y tan duras corrias, el Quiqui pasaba la Semana Santa oyendo las cofradías por la radio mientras se tragaba las lágrimas, allí en aquel piso de la barriada de Santa Teresa que un día le pidió al gobernador civil cuando fue a llamar al paso de la Soledad de San Buenaventura. ¡Qué va a llamar el gobernador! Dijo Vicente Pérez Caro. ‘Lo que tiene que hacer el gobernador es darme un piso, que voy a casarme’. Venga usted a verme mañana a mi despacho. Y fue a verlo, aunque hasta a última hora el Quiqui tuvo la duda de si le iba a dar el piso o lo iba a meter en la cárcel.

La cárcel precisamente fue lo que se jugó aquella Madrugá Antonio Villanueva, el patriarca de una de las mejores sagas de capataces que hoy existen en Sevilla. Villanueva fue siempre el segundo de Vicente en la cuadrilla de la Puerta Osario, un puesto que ocupó por voluntad propia, pues en realidad la cuadrilla se la dieron a los dos. Sé que anteriores pregoneros os han relatado aquel mítico episodio en el que Antonio Villanueva tuvo que sacar una Madrugá de Viernes Santo el paso de Jesús Nazareno con dieciocho costaleros menos. Demasiadas ausencias para tanto jabón como da ese paso. Antonio Villanueva, literalmente, sudó sangre al llegar a la Catedral. Tanto era el miedo que llevaba en el cuerpo. En aquellos tiempos, los capataces que no cumplían se jugaban la cárcel y

cumplir era muy difícil con dieciocho costaleros menos. Pero cumplieron. Así eran aquellos tíos.

De la hermandad del Silencio, el Quiqui contaba un sucedido mucho menos dramático, pero tan digno de ser recordado como aquel. Ocurrió un año que los costaleros, hartos de coles ya a esas alturas de la Semana Santa, llegaron a San Antonio Abad, sin tener muy claro dónde estaban. Como se da la circunstancia de que el Nazareno del Silencio lleva la cruz al revés y luz había poca, a muchos costaleros les falló el punto de referencia y se colocaron bajo el paso mirando hacia atrás. Cuando el capataz, tras ordenar la levantá dijo: ‘Izquierda alante, derecha atrás’, el paso se movió normalmente. Más que eso, dicen que fue la mejor vuelta que ha dado nunca un paso en la historia. Otra cosa fue ya cuando dijo: ‘Venga de frente’. Unos tirando para un lado y otros para otro, en medio de la oscuridad de la iglesia, el caso es que el paso no andaba. El capataz repitió la orden y la cosa siguió igual. Hasta que alguien dijo, vamos a mirar debajo a ver qué pasa y se descubrió el entuerto. Cada uno mirando para un lado.

Y hablando de mirar, en el anecdotario del mundo del martillo tiene un lugar de privilegio aquel ayudante de cierto capataz al que llamaban el Balconero. Un tipo que siempre iba pendiente de los balcones, y no precisamente para ver si podían representar algún obstáculo para el paso. Más bien el hombre se fijaba en las mozas que se apostaban en ellos, y más concretamente, en los contornos de sus pantorrillas. Las andanzas del Balconero cesaron un Martes Santo en el que iba, como siempre, pendiente de los balcones, con el paso de misterio de San Benito. Tan extasiado andaba que no se percató de que el capataz ordenó arriar el paso y La Presentación al Pueblo vino a posarse entera sobre uno de sus pies, machacándole dos dedos, de suerte que el Balconero no tuvo más remedio alzar la vista, dejar de fijarse en los balcones y ponerse a ver las estrellas, mientras se acordaba de todas la parentela de Poncio Pilato.

Sí, son historias amables. Anécdotas que quizá muevan a la risa, pero no deben confundirnos. Antes os citaba al escritor Eduardo Mallea, y ahora vuelvo a hacerlo pues en un relato suyo encontré hace algún tiempo una frase, casi un juego de palabras, que concuerda perfectamente con las historias y las vidas, tan tristes y duras, de los costaleros de entonces. De aquellos que echaron los dientes amasando barro o se criaron comiendo mijitas rebañadas en los puestos de calentitos. Cuando veo sus caras en aquellas viejas fotos, no puedo evitar pensar que: ‘No tenían cara de miedo, tenían cara de hambre. Pero no tenían hambre, tenían sólo miedo.’

Lo más triste de aquella triste historia fue su final. No, definitivamente, los viejos costaleros no tuvieron la despedida que se hubieran merecido.

Reconozcámoslo hoy como un pecado nuestro y hagamos propósito de enmienda para que nunca vuelva a pasar nada así en nuestras cofradías.

Rindamos a los viejos costaleros el homenaje que merece el esfuerzo y el cariño que ellos pusieron bajo esas trabajaderas a las que dignificó su sudor de gente sencilla. De puro pueblo sevillano. Que sepan, allá donde estén, que estamos orgullosos de ellos.

Cuarta Chicotá.

LOS NIÑOS

Cierto día del año 1972, un joven estudiante llamado José Luis Amoscótegui, barbado él y con aspecto de goliardo medieval solo que fumador de Ducados, se presentó en una asamblea estudiantil que se celebraba en la por aquel entonces convulsa y politizada Universidad Hispalense. En la densa atmósfera donde se desarrollaban los debates, mezclados entre el humo del tabaco, flotaban los pensamientos de Sartre, Mao Tse Tung y Carlos Marx. Aquel era, sin embargo, un foro abierto donde podía intervenir todo el que quisiera. De modo que Amoscótegui pidió y le dieron la palabra. Por su pinta, algunos pensarían que aquel tipo se disponía a realizar otro alegato de la revolución soviética o algo por el estilo. Las cosas como son. De cofrade, aquella gente tenía poquito. A lo único que, todo lo más, rendía culto era al cine de Arte y Ensayo y la canción protesta.

Por eso, más de uno no salió de su asombro cuando el nuevo orador tomó el micrófono y vino a decir más o menos lo siguiente: ‘Ejem. Compañeros: la hermandad de los Estudiantes está organizando una cuadrilla de costaleros para sacar al Cristo de la Buena Muerte y necesita voluntarios’. El abucheo fue de los que harían época, pero más de uno acabó apareciendo por la hermandad y apuntándose al descabellado proyecto. Y, en efecto, la cuadrilla se acabó organizando. En ella, además de Amoscótegui, se enrolaron otros estudiantes que, andando el tiempo, serían cofrades reconocidos y conspicuos como Enrique Henares, José Luis Montoya o Manolo Palomino, cuyos rejuvenecidos rostros pueden reconocerse en una fotografía histórica que todos hemos visto alguna vez, donde aparecen los miembros de aquella cuadrilla junto a los hombres que la hicieron posible: Ricardo Mena Bernal, el entonces hermano mayor de los Estudiantes, y Salvador Dorado, el Penitente. Si bien es verdad, que ninguno de ellos dos desempeñó en el logro un papel tan decisivo como el que tuvo Manolo Santiago, el verdadero maestro de los hermanos costaleros de Sevilla. Manolo Santiago, cuya memoria está esperando todavía el homenaje de agradecimiento y amor que le debe esta ciudad a la que tanto dio. No se puede entender que en Sevilla tenga una calle Taiwan y no la tenga Manolo Santiago.

En justicia, debemos precisar que aquel logro tuvo un precedente en la cuadrilla de hermanos que Luis León organizó un año antes para sacar la Virgen de las Aguas de la parroquia del Salvador. La hermandad de San Esteban se incorporaría inmediatamente a este movimiento, siendo la primera cofradía de Sevilla cuyos dos pasos serían llevados por hermanos costaleros.

Así empezó a rodar la rueda que acabó envolviendo a todas las hermandades, con la excepción, yo diría que casi exótica, de la cofradía de Santa Marta, que aún conserva la vieja práctica de retribuir a sus costaleros. La idea de que los cofrades acabarían siendo quienes sacarían los pasos ya la aventuró hace setenta años Manuel Chaves Nogales. Cuando, durante la República, se produjo un problema de carácter sindical que llevó al cardenal Ilundain a recomendar a las hermandades que sacaran sus pasos con ruedas o con algún artefacto que imitase el andar de los costaleros. Propuesta que produjo erisipela a las cofradías. Con el propósito de impedirlo, se cuenta que un ilustre cofrade marchó a Madrid para patentar todos esos artilugios e impedir su utilización. Los capillitas de la época decían de forma muy gráfica que no estaban dispuestos a llevar a la Virgen como si fuera en un carrito de Avellanas.

El caso es que aquello pudo arreglarse, hasta el punto de que pocos años después, los costaleros aficionados vivirían su edad de oro. Sin embargo, a finales de los sesenta todo fue muy distinto. La vida había cambiado, muchos ya no necesitaban el dinero que ganaban saliendo de costaleros y otros muchos se habían tenido que ir a trabajar fuera de Sevilla. Se temía lo peor, por aquel entonces, se empezaron a cantar unas sevillanas que decían: ‘Van diciendo que en Sevilla se acaban los costaleros’

Un señor apellidado Ponce inventó un paso hidráulico a motor con la buena intención de cubrir su ausencia. Pero no contó con la profecía de Chaves Nogales. Ni tampoco con el resto de la letra de aquellas premonitorias sevillanas que terminaban así: Aunque pasen muchos años, lo que nunca podrá ser, que en Sevilla falten hombros pa llevar al Gran Poder.

Y vive Dios que no han faltado hombros, ni para llevar al Gran Poder, ni a ninguna de nuestras Sagradas Imágenes. Los jóvenes costaleros, los niños, supieron tomar el relevo en la hora precisa y la calle más estrecha y empedrada de la Historia; cuando más le humeaba el taco a la Sevilla cofradiera. Y nadie puede decir que hayan hecho mal el trabajo; Sevilla debe estar orgullosa de ellos, de aquellos chavales que empezaron en el 73 y de todos los que han venido detrás, hasta el último que este año haya entrado en la última cuadrilla. Ellos son los artífices de la supervivencia no sólo de una tradición, sino de algo mucho más importante: un sentimiento; nuestro modo de ser, en el que nos reafirmamos primavera a primavera renovando un ritual centenario que llevamos metido en la sangre como uno

más de nuestros cromosomas. Por eso estalla el júbilo en Sevilla cuando los pasos salen a la calle; por eso una emoción idéntica nos atraviesa el alma a los sevillanos, sintiendo que el tiempo se ha parado, al ver ante nosotros el mismo esplendor que contemplaron nuestros mayores y los mayores de nuestros mayores. Y esta es una gloria que hay que proclamar a los cuatro vientos:

CANTO AL COSTALERO

Se ha cumplido la costumbre
Y amaneció el primer día
Un mar es la muchedumbre
Al venir la cofradía.
La calle es algarabía
Admirada del esmero
De un esfuerzo costalero
Que ha hecho nueva esta emoción.
Ahí están, por devoción,
Herederos del Poeta,
De Hipólito y el Balilla;
Costaleros de Sevilla
Del oro la mejor veta.
Andando siempre de frente
Por derecho y sin ventaja.
Nadie ahí debajo se raja.
¡Madre mía, qué buena gente!
Ese paso de misterio
Trae la romana cadencia
Es el paso del Sentencia
Derrochando magisterio
¿Ves la cuadrilla con ganas
que el izquierdo va picando?
Costaleros son de Triana
Los pulsos van desbocando.
¿Y aquellos que traen a Cristo
cuidándolo como un nardo?
La gente de San Bernardo
Que otra mejor no se ha visto
Es gente que no se mustia
Y que al amanecer vela
El bronce de las Angustias
Sudor de clavo y canela.
De la alegría son el Alfa
Los corazones elevan
Cuando ellos traen por la Alfalfa
Los pasos de San Esteban.
Sin corré, poquito a poco.
Andando van sobre los pies
¿No es para volverse loco?

Pues claro está que sí lo es.
Y esta es la verdad que espanta
Nada hay más verdadero:
Gracias a los costaleros
Tenemos Semana Santa.
A cada uno, lo suyo.
Si a Dios te das por entero,
Sevillano costalero
Llevándolo en un arrullo,
Te mereces el roneo
De Dios eres cirineo
Y de Sevilla el orgullo.

Quinta Chicotá.

AHÍ QUEÓ

Existe en Sevilla una benemérita institución dirigida por ese ejemplar sacerdote que es don Leonardo del Castillo dedicada a atender a personas enfermas e impedidas, a las que cada año lleva en peregrinación al santuario mariano de Lourdes. Siendo encomiable y digna de todo tipo de elogios la labor que desempeña, debo reconocer que el nombre de tan digna institución contiene un matiz que quizá mereciera una puntualización. Dicha institución se llama Costaleros para un Cristo Vivo. No es porque yo padezca esa susceptibilidad tan arraigada en los capillitas, pero no sé si cuando se habla de costaleros para un Cristo Vivo es porque se cree que hay costaleros para un Cristo Muerto. Y en Sevilla no hay costaleros para un Cristo Muerto.

¿Acaso los costaleros del Cristo del Amor, creen que al que llevan va muerto y no abriendo los brazos para abarcar entre ellos a todos los desesperados que lo contemplan? ¿Creen los costaleros del Cristo de la Buena Muerte que Aquel con El que van hablando, que eso es rezar, durante su estación de penitencia no está vivo? No, hermanos, no. En Sevilla no hay costaleros para un Cristo Muerto, porque si en algún lugar del mundo vamos a comprobar que Cristo Vive ese lugar va a ser Sevilla a partir del próximo Domingo de Ramos, o en sus anticipos de la calle Feria, Torreblanca, Alcosa y Padre Pío.

A punto están ya de posarse en el frío suelo del templo los zancos de este paso que ha tratado de llevar, también y a su manera, a un Cristo vivo por las calles de Sevilla. En la mente del costalero se enfrentan ahora la satisfacción y la melancolía, ambas infinitas, que provoca el final de este trabajo. Tanta ha sido la ilusión puesta en él durante tanto tiempo. Quiero, ahora que poco a poco vamos llevando el paso de este Pregón hasta el lugar de la iglesia donde esperará la desarmá, agradecer a la hermandad de San Esteban el privilegio que otorgó a este humilde cronista designándolo su pregonero para la vigésimo quinta edición del Pregón del Costalero. Y ya en el final de este recorrido, debo confesaros que la única experiencia que tuve en mi vida como costalero fue hace ya muchos años en mi hermandad de San Bernardo, donde la gente del grupo joven hicimos en cierta ocasión una mudá en el interior de la iglesia. Como fue algo improvisado, nos metimos bajo el paso sin costal siquiera. De ese mismo modo he dado esta noche la segunda chicotá de mi vida. La que me ha hecho comprender que

CANTO FINAL

Todos somos costaleros
Bajo el paso de la vida.
Todos sentimos la herida
Que nos produce el madero
Mas, hay brillando un lucero
En esta trabajadora
Su blanca luz no es cualquiera
Es la luz que más alumbra
Es un resplandor divino
Que hace clara la penumbra,
Que nos enseña el camino
Y va levantando el velo
Que aparta nuestro destino
De los senderos del cielo.
En esta larga corría,
Sentimos que a nuestro lado
Alguien está cada día.
El capataz lo ha igualado
Para aliviar la amargura
De un trabajo tan prolijo.
Ese peón es su hijo;
Nunca hubo un alma más pura.
Ni hay compañero más fiel.
Aquí es Salud y Buen Viaje
Y es el último equipaje
Y también será escabel
Cuando de arriba nos baje
La orden de: Al cielo con él.

He dicho.